

DEPORTE

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE NADAR?

— Respirar. Contener **el aire**. Impulsarse y deslizarse. Respirar de nuevo. Y entre respiración y respiración, dejar la **mente en blanco** y fluir con el **agua**. He ahí una posible definición de bracear —

Texto **ANTONIO ORTÍ**

CINCO ANTIGUOS O ACTUALES COMPETIDORES COINCIDEN EN LA SENSACIÓN DE LIBERACIÓN

“Nadar es como meditar en movimiento. Lo mejor de mí aflora dentro del agua”, explica Christian Jongeneel, un especialista de aguas abiertas que, entre otras gestas, ha completado la travesía nocturna de la Puerta de la India para recaudar fondos para el proyecto Brazadas Solidarias que impulsa la Fundación Vicente Ferrer.

“Es una liberación física. Nadar me hace disfrutar casi tanto como cuando bailo con mi silla de ruedas alguna canción de Glenn Miller”, reconoce Mari Carmen Ríu, la primera medallista paralímpica española. Fue en 1968 en Tel Aviv (Israel) cuando se colgó dos medallas de plata.

“Me hace sentir vivo nadar”, manifiesta Jordi Granada a sus 85 años, tras completar unos largos en las corcheras del Club Natació Atlètic-Barceloneta. “Además del matrimonio y los hijos, ha sido la gran ilusión de

mi vida”, señala este antiguo jugador de la selección española de waterpolo que todavía recuerda como si fuera ayer cuando se enfrentó a Holanda en 1960 en el preolímpico (“ganaron ellos 4-3”, dice).

Reconciliada con el mundo

“La natación me ha dado mucha resistencia física y mental”, responde con la perspectiva del tiempo María Ballesté, nadadora en los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964. “A veces pasas una mala semana, pero luego llegas al agua, nadas y te sientes otra vez optimista y reconciliada con el mundo”, explica la que fuera campeona de España en múltiples modalidades (100, 200, 400, 800 metros, 100 mariposa, etcétera) entre 1961 y 1968.

A su lado, Miquel Torres, su marido, asiente. También él disfrutó de tres Juegos Olímpicos (Roma’60, Tokio’64 y Méxi-

co’68). De hecho, fue Torres quien se apercebió de que aquella chica rubia y delgada que calzaba un 40 de pie y nadaba en la piscina descubierta del Club Natació Sabadell prometía mucho. Torres era casi tan conocido como Manolo Santana, tras ser el primer español en colgarse una medalla, de plata, en los 1.500 metros en un Europeo.

En *De qué hablo cuando hablo de correr* (Tusquets), el escritor japonés Haruki Murakami explica que realizar repetidamente cualquier acto, por trivial que sea, encierra una filosofía. Murakami empezó a practicar footing casi a diario en 1982, cuando tenía 33 años. En aquella época, fumaba 60 pitillos diarios y pesaba unos kilos de más. Y no sentía atracción alguna por el deporte. El caso es que se apuntó a una carrera de cinco kilómetros y quedó tan prendado del sonido de sus zapatillas sobre el asfalto como lo estaba de Red Hot Chili Peppers.

Pero ¿qué cabe decir de la natación? Recientemente se han publicado varios libros que indagan sobre el poder de seducción del líquido elemento. Es el caso de *¿Por qué nadamos?* (Geoplaneta), una entretenida carta de amor al agua de mares, ríos y piscinas escrita por Bonnie Tsui, hija de nadadores que vive, nada y surfea por San Francisco.

Por lo que explican los nadadores, la natación es algo que, en buena medida, ocurre dentro de la cabeza ya que, a diferencia del ejercicio en tierra, exige sumergirse en un medio distinto y aislarse del mundanal ruido, algo que los nadadores suelen describir como una rara bendición. El rumor del agua en los oídos y la sensación de flotación e ingravidez forman parte del día a día de millones de nadadores que encuentran algo parecido a la paz. “La natación te devuelve al útero materno”, explica Ríu. “Todos somos en un 70% agua”, añade Ballesté.

En un relato de John Cheever titulado *El nadador*, uno de los personajes quiere llegar hasta su casa cruzando a nado las piscinas de los vecinos. Para ello, debe sortear las fiestas organizadas en derredor de cada pileta. En una de las paradas, Neddy “se quedó junto al bar un momento, cuidando de no enredarse en ninguna conversación que pudiera retrasar su travesía. Cuando parecía a punto de verse rodeado, se lanzó al agua y nadó”. Visto así, el agua no deja de ser una burbuja en la que es posible eludir cualquier presión social para vivir con mayor intensidad una afición que, por lo que cuentan quienes la practican, es una forma de entender la vida. —

CHRISTIAN JONGENEEL

